



Boletín Antropológico

ISSN: 1325-2610

info@saber.ula.ve

Universidad de los Andes
Venezuela

Sanoja Obediente, Mario

Origen de las fachadas geohistóricas de Venezuela

Boletín Antropológico, vol. 24, núm. 67, mayoagosto, 2006, pp. 259-284

Universidad de los Andes

Mérida, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=71206704>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Origen de las fachadas geohistóricas de Venezuela

MARIO SANOJA OBEDIENTE
Universidad Central de Venezuela.
Academia Nacional de la Historia de Venezuela

RESUMEN

El actual proyecto de integración regional que adelantan países como Cuba, Venezuela, Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay y Argentina, es la culminación del proceso milenario de colonización y poblamiento territorial que se inició con las antiguas poblaciones paleoasiáticas que penetraron el subcontinente suramericano hace alrededor de 30.000 a 20.000 años antes del presente. Dicho proceso se expresa en las formación de las tres grandes macrorregiones geohistóricas que caracterizan actualmente la sociedad suramericana y en la definición de las fachadas históricas del territorio de la nación venezolana.

Palabras Clave: Arqueología social, regiones neohistóricas, Venezuela.

Origin of the geohistorical facades in Venezuela

ABSTRACT

The current projection of a regional integration of countries such as Cuba, Venezuela, Brazil, Bolivia, Uruguay, Paraguay and Argentina is the culmination of a thousand year process of colonization and territorial population which began with the ancient Paleoasiatic peoples who entered the South American continent approximately twenty to thirty thousand years ago. This process resulted in the formation of three large geohistorical macroregions which are still discernible in South American society. These factors have influenced the construction of an historical facade in the area now known as Venezuela.

Key Words: Social archeology, neohistoric regions, Venezuela.

Introducción

Uno de los objetivos principales de la Arqueología Social en América Latina, es establecer las bases epistemológicas que permitan explicar los procesos de formación socio–histórica de las antiguas poblaciones, no solamente su tecnología, como el punto de partida de los procesos sociales ulteriores que condujeron a la emergencia de las naciones, los Estados nacionales, las clases sociales y las identidades nacionales y culturales. Para tales fines, es necesario insertar la Arqueología dentro de las Ciencias Sociales y alcanzar también la reformulación de las bases epistémicas de la educación y la enseñanza de la historia, fundamentales para la creación de la conciencia nacional de los pueblos (Vargas–Arenas y Sanoja. 1999: 59–60).

El análisis del proceso de poblamiento y colonización originaria del actual territorio venezolano como parte de la historia de Suramérica representa, en tal sentido, un evento muy particular. Nuestro subcontinente es una masa territorial de enormes proporciones que encierra una diversidad de regiones geográficas y climas, las cuales condicionaron el modelado cultural y genético de las pequeñas bandas de individuos, recolectores cazadores generalizados, que entraron por primera vez en el continente, quizás alrededor de 40.000 años antes del presente, durante el período de recalentamiento relativo del Wisconsin Medio (Krieger 1964, Patterson 1981: 244–245, Schobinger 1988), cruzando los hielos, vadeando o navegando los brazos de mar que separaban Asia de América.

El paradigma científico que domina todavía la explicación del poblamiento originario de Suramérica, para decirlo en términos sencillos, sustenta la existencia de bandas de cazadores paleoindios que habrían aparecido en Norteamérica hacia 13.000 años antes de ahora, fecha a partir de la cual aquéllos habrían comenzado a desplazarse hacia Mesoamérica, la América Central y, finalmente, Suramérica. Dicho paradigma está siendo sometido a un proceso de falseamiento, de cuestionamiento por los resultados que aportan las nuevas investigaciones en curso (Chatters 2002: 262).

Si bien el dato duro que sostiene dicho paradigma mantiene todavía un poder académico casi hegemónico, otros datos igualmente construidos, apoyados en una lógica científica que rebasa el reduccionismo de la ciencia positiva, abren nuevas posibilidades para una interpretación alternativa del pasado suramericano.

El argumento favorito de los positivistas para sustentar su propuesta sobre la fecha inicial del poblamiento de América, es el llamado “argumento del silencio”: la creencia que si algo no ha sido todavía encontrado, no puede haber existido en cantidades significativas. Sin embargo, según los análisis de Cavalli–Sforza (2000: 72–73) con base en el cálculo de las distancias genéticas entre Asia y América, la fecha de 15.000 años antes del presente para la entrada de los primeros homínidos en nuestro continente le permiten observar a dicho autor que le parece demasiado poco tiempo. Con base a los valores de la distancia genética, esa antigüedad –dice– podría calcularse entre 43.000 y 32.000 años. Por otra parte, basado en el método del árbol evolutivo y utilizando las distancias genéticas entre las poblaciones de los distintos continentes, Cavalli–Sforza (2000: 44–50) concluye en la existencia de un modelo de grandes migraciones humanas que, originadas en África, habrían llegado primero a Australia, luego sucesivamente al Asia, Europa y finalmente América. Es cierto que hasta el presente los sitios arqueológicos que sustentan esa antigüedad de las migraciones son pocos, aunque contundentes tal como el de Old Crow Flats, Alaska, donde existe una herramienta de hueso fechada en 27.000 + 300 ap., o Meadowcroft Shelter, Pennsylvania, cuyos fechados van desde 37.000 a 21.500 ap., 19,650 + 2400 y 19,150 + 800 ap. (Jennings 1978), Lewisville, Texas, con una antigüedad de más de 38.000 años (Krieger 1957). En México, encontramos también sitios como Valsequillo, con una antigüedad mayor a 20.000 años donde aparecen restos de fauna pleistocénica asociados con raspadores líticos y posibles instrumentos de hueso (Irwin–Williams 1963, 1969) y Tlapacoya (Mirambel 1967), donde se hallaron restos de

fauna pleistocénica asociados con un fogón fechado en 24.000 años. Sería lícito pensar que todos esos sitios indicarían que la entrada de los primeros hombres y mujeres en América no fue una marcha multitudinaria y triunfal, sino que, por el contrario, se trató de migraciones fortuitas de pequeñas bandas aisladas de hombres, mujeres y niños, recolectores cazadores generalizados, que iniciaron el lento proceso de colonización de las nuevas tierras americanas.

El proceso de poblamiento y colonización originaria de la América Meridional es producto de la concatenación de muchos eventos particulares que se produjeron en la historia de la Humanidad. Suramérica constituye una masa territorial de enormes proporciones que encierra una diversidad de regiones geográficas y climáticas, lo cual sin duda tuvo gran impacto en el modelado cultural y genético de las pequeñas bandas de individuos que entraron en el continente al menos entre 40.000 y 30.000 años antes del presente, durante el período de recalentamiento relativo del Wisconsin Medio (Jennings 1978; Patterson 1981: 244–245), cruzando los hielos, vadeando o navegando los brazos de mar que separaban Asia de América.

Una vista general de las características culturales que presentaban las poblaciones humanas arcaicas suramericanas entre 13.000 y 10.000 años antes de ahora, nos indica que ya existían para esa época profundas diferencias culturales entre las poblaciones que habitaban los diferentes territorios suramericanos (Dillehay et alí 1992). Esas diferencias deben haber sido el producto de procesos de deriva genética, étnica y cultural que habrían comenzado a operar desde milenios anteriores a aquellas fechas, sobre todo si consideramos que se trataba –para ese entonces– de grupos humanos integrados por pocos individuos, dispersos sobre vastos territorios sujetos a rigurosos cambios climáticos y modificaciones drásticas del relieve, de la fauna, la flora y los cursos de agua.

De lo anterior podría inferirse que el poblamiento y la colonización original de Suramérica representarían procesos históricos

de naturaleza diferente a los de Norteamérica. En apoyo a esto, podemos decir que los estudios comparativos llevados a cabo por Neves y Blum (2000) sobre los datos craneológicos conocidos mundialmente han concluido que hace 10.000 años, al menos morfológicamente, las poblaciones humanas paleoamerindias o paleoasiáticas de Norteamérica ya eran diferentes a las de Suramérica. Los pobladores originarios de nuestro continente provenían, al parecer, de diferentes grupos humanos: australoides, polinesios, africanos, asiáticos y europeos. Los cráneos dolicocéfalos de los paleoasiáticos suramericanos eran muy similares a los australianos o africanos, demostrando con ello que los primeros en colonizar el continente americano fueron pueblos no-Mongoloides (Chatters, 2002: 224).

Cuando observamos las características culturales que tenían las poblaciones humanas arcaicas suramericanas entre 13.000 y 10.000 años antes de ahora, podemos apreciar que ya existían para esa época profundas diferencias culturales entre las poblaciones que habitaban los diferentes territorios suramericanos. Por otra parte, la distribución de los sitios arqueológicos revela que aquellas poblaciones primigenias ya ocupaban para dicho momento prácticamente todas las regiones geográficas suramericanas: desiertos, punas, valles del alto ande, selvas tropicales, pampas, llanuras, etc., desde la costa del mar Caribe hasta el extremo sur de la Tierra del Fuego (Bryan, 1978; Dillehay et alí, 1992).

Dichos procesos de colonización territorial y diversificación cultural y genética, solamente pudieron haberse desarrollado como consecuencia de un largo período de presencia humana en la tierra suramericana. Dicha variabilidad, como ya observamos, debe haber sido el producto de procesos de deriva genética, étnica y cultural que habrían comenzado a operar desde hace muchos milenios anteriores a 13.000 años antes del presente, sobre pequeñas bandas de individuos dispersas sobre vastos territorios, sujetos a rigurosos cambios climáticos y modificaciones drásticas del relieve, de la fauna, la flora y los cursos de agua.

Dichos cambios y el aislamiento en que vivían aquellas bandas de recolectores cazadores debido a las barreras geográficas, ecológicas y sociales, determinaron seguramente la aparición de diversos modos de vida, así como la ruptura del lenguaje o lenguajes originales en diversas variantes lingüísticas y dialectales. Investigadores como Gnecco (2003: 16–17), consideran, por ejemplo, que el poblamiento de la América Tropical podría ser considerado como un lento proceso de colonización territorial. En Norteamérica, por el contrario, durante los milenios finales del Pleistoceno existió una importante biomasa que condicionó el modo de vida de los primeros inmigrantes. Estos explotaron un recurso contingente como son los rebaños de animales gregarios, cuya reproducción y permanencia en una región determinada escapaba al control de la acción humana. En consecuencia, su tecnología estaba principalmente diseñada para explotar aquel recurso, no los suelos donde vivían los rebaños. Para vencer la precariedad de aquella contingencia, al igual que los antiguos pueblos pastores asiáticos, su modo de vida tenía que estar culturalmente orientado, preferentemente, hacia una existencia móvil dentro de las llanuras o sabanas.

En el caso particular del poblamiento originario de Suramérica y particularmente su región tropical, como ya se dijo, parece haber ocurrido un lento de proceso de colonización caracterizado por procesos territoriales de control de recursos naturales de fauna y de flora. Los recursos de fauna, aunque abundantes, no estaban tan concentrados como parece haber ocurrido en Norteamérica, caso contrario a la abundancia, diversidad y accesibilidad de los recursos vegetales que parece haber existido en Suramérica. Esta circunstancia habría motivado a sus pobladores originarios a maximizar la explotación territorial de los mismos y en consecuencia a promover la territorialidad y el sedentarismo (Gnecco. *Ibid*; Bate 1983 II: 205–213).

Podríamos concluir que hacia 12.000–8.000 antes de ahora (Bate, 1983), el territorio de Suramérica ya estaba o había estado

ocupado *grossó modo* por 3 grandes pueblos de recolectores cazadores que se pueden distinguir como unidades sociales que compartían determinados rasgos culturales, que vivían y explotaban preferentemente los recursos naturales de ciertos ecosistemas:

1) El Modo de Vida de Cazadores Recolectores generalizados del interior o litorales que ocuparon la mayor parte de la Región Tropical del continente suramericano, particularmente las cuencas del Amazonas y el Orinoco, el Matto Grosso, el noreste brasileño, el Macizo Guayanés, los valles y cuencas de los Andes de Colombia, parte del litoral chileno, peruano, ecuatoriano y colombiano y de la pampa argentina.

2) El Modo de Vida de los Cazadores Recolectores Andinos, conocidos como Tradición Foliácea, con un ajuar lítico bifacial especializado compuesto por puntas de proyectil y hojas o cuchillos, los cuales habitaban los valles costeros del noroeste de Venezuela, los valles alto andinos y la puna de Perú y Ecuador, el norte de Chile y el Noroeste y las Sierras Centrales de Argentina.

3) Un modo de vida de Cazadores recolectores con un ajuar lítico multifuncional donde predominan las llamadas “puntas colas de pescado”, que ocupaban la región de mesetas y llanuras del cono sur del continente, desde el sur de Brasil y Uruguay hasta el Extremo Sur (Bate, 1983; Schmitz, 1987; Ardila *et alíi*: 1984).

Los límites físicos de aquellos espacios geográficos no correspondían generalmente con divisiones culturales claramente especificadas, ya que las áreas de ocupación humana se solapaban indicando que la coexistencia parece haber sido la norma de vida de los diversos pueblos originarios suramericanos.

La caza de la megafauna pleistocena, a la par que la de la fauna neotrópica, fue también practicada por las antiguas poblaciones de antiguos cazadores recolectores generalizados. Como nos comentaba jocosamente, una vez el fallecido prehistoriador mexicano José Luís Lorenzo, aquellas poblaciones no se organizaban cada día para cazar su mamut cotidiano; estos eran más bien presas

capturadas ocasionalmente cuando los cazadores hallaban las condiciones materiales apropiadas para hacerlo. Vemos así que en diversos campamentos cavernarios de recolectores cazadores generalizados donde no están presentes puntas líticas de proyectil lanceoladas bifaciales, tal como en la meseta bogotana (Van der Hammen y Correal 2002, Correal, 1993), en la costa norte de Chile, sitios de Quereo y Tagua Tagua 11.100 años a.p., o en la pampa al sur de Buenos Aires, sitio La Moderna (Lavallé, 1995), entre otros, se han hallado también los restos esqueléticos de mamutes y otras especies de fauna pleistocena que fueron destazadas y comidas por sus habitantes.

Las pocas evidencias esqueléticas que nos permiten tener una cierta idea del aspecto físico de poblaciones paleo-asiáticas y paleomongoloides originarias suramericanas, indican que entre 10.000 y 8.000 años antes del presente en diversos sitios de Colombia, Brasil, Perú y Chile, ya habitaban personas de talla media, con un fuerte desarrollo muscular, dolicocéfalos, de cabeza alta (hipsicráneos), frente angosta y corta, nariz ancha (platirrino) y un pronunciado prognatismo alveolar (Stewart, 1950; Newman, 1953; Ardila, 1984: 27; Correal Urrego y Van der Hammen, 1977: 125–153; Lavallée, 1995: 87).

Para finales del Pleistoceno, las poblaciones del Modo de Vida 1, los antiguos pueblos paleoasiáticos de recolectores cazadores generalizados, ya habían logrado colonizar la mayor parte del territorio suramericano. Entre 14.000 y 10.000 años a.p. ya encontramos una gran diversidad de poblaciones arcaicas de recolectores cazadores generalizados o Tropicales cuyo ajuar tecnológico consistía en lascas, percutores y raspadores de cuarcita y sílex, microlascas de cuarzo y una variada industria de hueso, quienes ya habitaban el sureste de Brasil, los valles del Amazonas y el Orinoco y el Macizo Guayanés, los valles intermontanos de la cuenca del río Cauca y la meseta Cundiboyacense de Colombia, el litoral septentrional de Chile, el litoral de Perú y Ecuador y el litoral atlántico desde el norte de Argentina hasta el noroeste de Venezuela, Trinidad y Guyana.

Para comprender las características genéticas y culturales, particularmente las lingüísticas, de aquellos primigenios habitantes de Suramérica, es importante destacar en relación a ese respecto que la ausencia total del factor sanguíneo Diego que caracteriza las primeras poblaciones paleoasiáticas, está ausente también en poblaciones de recolectores cazadores tropicales contemporáneos que habitan la cuenca del Orinoco, tales como: yanonami, waica, jíwi y warao (Layrisse y Wilbert, 1999). De ello podría inferirse que dichas poblaciones recolectoras cazadoras serían quizá relictos de las primeras oleadas de pobladores paleoasiáticos que llegaron al continente americano y a Suramérica.

Los pueblos paleoasiáticos, recolectores cazadores generalizados, fueron considerados por Greenberg (1987: 389, Layrisse y Wilbert, 1999: 171–174) como pertenecientes a la familia Chibcha–Paezana, familia Macro Chibcha de lenguas con una amplia dispersión territorial, cuyos miembros sobrevivientes están distribuidos desde la Florida y la Baja Mesoamérica a través del norte de Colombia, el Delta del Orinoco y el suroeste de Venezuela, hasta el Brasil Central y Argentina. Greenberg (*ibid*: 335) adelantó la hipótesis de una fecha razonable de 10.000–11.000 años a.p. para el origen de algunas lenguas Macro–Chibcha. De igual manera, Swadesh (1959) corroboró dicha propuesta, proponiendo una fecha de 10.000 años antes del presente para el inicio de la divergencia entre las lenguas Macro–Chibcha. De una muestra de 11.086 individuos hablantes de lenguas Macro–Chibchas, tomada de 14 grupos tribales de Mesoamérica y de diecisiete grupos tribales de Suramérica, particularmente los Chibcha–Paezano, menos del 2% (0.0168) eran DI*A–positivos (Layrisse y Wilbert, 1999:26), hecho que habría a favor de la antigüedad de dichas lenguas.

Una nueva oleada, esta vez de pobladores Paleo–mongoloides que no presentaban todavía el antígeno Diego (DI. A–), (Layrisse y Wilbert, 1999: 156), comenzaron a entrar en América hacia 30.000 años a.p., llegando al istmo de Panamá alrededor

de 25.000–23.000 a.p., conocidos en la literatura arqueológica como *paleoindios*, equipados con una tecnología y un ajuar especializado para la caza de la megafauna pleistocena: puntas de proyectil bifaciales, raederas, cuchillos, etc. El ajuar de instrumentos líticos de producción que poseían estas poblaciones podría tener su antecedente en las industrias de lascas de tradición Musteriense–Levallois de Siberia donde entre 55.000 y 28.000 + 350 años antes de ahora ya están presentes rústicas puntas de proyectil de forma triangular (Sanoja y Vargas–Arenas, 1992: 30).

Diversos investigadores en diferentes épocas han argumentado sobre la existencia de similitudes tecnomorfológicas entre el instrumental lítico de los cazadores recolectores de Norteamérica y Suramérica y el de las culturas de cazadores Mustero–Aurigñacienses del Paleolítico Medio (Müller–Beck, 1966) o del Paleolítico Superior (Bradley y Stanford, 2004). Según la teoría presentada por estos dos últimos autores, la cual pareciera hallar apoyo en la tesis de Cavalli–Sforza sobre la reducida distancia genética entre las poblaciones de Europa y América (2000: 46–48), algunas de aquellas tradiciones líticas *paleoindias* podrían estar relacionadas con otras del Paleolítico Superior de Europa Mediterránea, tales como el Solutrense, cuyos rasgos técnicos se reproducen en la denominada Tradición Clovis definida en Norteamérica. Según Bradley y Stanford (*Ibid* 2004: 470–73), habría existido una tradición marítima solutrense en el norte de España a partir de la cual podrían haberse desarrollado viajes de exploración a lo largo del mar de hielo existente en el Atlántico norte, durante el último máximo glacial (LGM), región de una intensa productividad biológica: mamíferos terrestres y marinos, peces y aves migratorias. Estos recursos habrían sido suficientes para mantener a las poblaciones solutrenses que se habrían aventurado hasta el litoral atlántico de Norteamérica y que nunca retornaron a Europa. Otros prehistoriadores europeos como Clark (1980: 92–100), consideran también que las expediciones de pesca marítima que ya existían en

Europa Occidental por lo menos desde el Mesolítico, podrían haber generado viajes de exploración geográfica desde por lo menos 8.000 años antes del presente.

Diversas bandas de estos nuevos pueblos cazadores que habrían integrado el Modo de Vida 2, parecen haber hallado su nicho en el litoral noroeste de Venezuela, estado Falcón, en los valles intermontanos de los Andes Centrales, el noroeste argentino y Tierra del Fuego. Dichas bandas de cazadores recolectores tenían –al parecer– una preferencia por asentarse en las regiones donde se refugiaba la megafauna pleistocena de grandes herbívoros al mismo tiempo que otras especies modernas.

Alrededor de 13.000 años a.p., importantes grupos de pobladores *paleoindios* de tradición Clovis habían formado enclaves en los valles costeros y subandinos del noroeste de Venezuela, y en los valles intermontanos y la puna de los Andes Centrales, donde existía una agregación importante de fauna pleistocena: mamutes, llamas, caballos, lobos, etc. Un sector importante de aquellas poblaciones cazadoras del noroeste de Venezuela, la Tradición El Jobo de puntas lanceoladas bifaciales (Cruxent y Rouse, 1961; Oliver y Alexander, 1990) estaba emparentada, al menos tecnológicamente, con los grupos humanos que al entrar a Suramérica se habían difundido hasta los valles andinos y la puna de los Andes Centrales, el norte de Chile y el Noroeste argentino (Rex González, 1960; Cardich, 1964; Núñez, 1982). Otra tradición poco estudiada todavía, conocida como Tradición El Cayude, Falcón, (Szabadich M., 1997, Szabadich J., 2004) y otros sitios como La Hundición, estado Lara. Venezuela (Sanoja y Vargas, 1999), presenta un ajuar de instrumentos líticos de sílex cuyas formas son reminiscentes de las de la Tradición Clovis, resaltando particularmente las puntas de proyectil aflautadas y las puntas “colas de pescado” reminiscentes de las de tradición magallánica de Tierra del Fuego (Mayer–Oakes, 1974) y de las similares existentes en los valles andinos de Ecuador, sitio El Inga, cuya fecha más temprana es de 9.030 años a.p. (Bell, 1965,

Salazar, 1980). En los valles subandinos de Cubiro, estado Lara, Venezuela, se han hallado puntas de proyectil cola de pescado similares, asociadas espacialmente con los restos esqueléticos de un megaterio fechados por colágeno en 6.840 + 190 (Molina, 1991). Restos esqueléticos de megaterios han sido hallados en diversos puntos, ciertas especies de la macrofauna pleistocena que se habrían extinguido definitivamente hacia 5.000 años antes de ahora.

La dicotomía de sociedades sedentarias del Atlántico y el Pacífico

Hace unos 10.000 o 12.000 años, se produjeron cambios importantes en el nivel del mar, el cual alcanzó aproximadamente su nivel actual hacia 8.000 años antes de ahora, determinando así mismo modificaciones tanto en el relieve litoral como en el de las grandes cuencas fluviales suramericanas. A partir de aquel momento, la estabilización de las condiciones materiales de vida determinó que las distintas comunidades de recolectores cazadores desarrollasen diversos géneros de vida basados en la explotación de los principales recursos naturales de subsistencia, particularmente plantas útiles y comestibles que dominaban el ambiente circundante, determinando la aparición de un lento proceso de territorialidad que habría de culminar hacia 5.000 años con la aparición de sociedades sedentarias.

Sedentarización y diversidad lingüística

Origen de la fachada amazónica de Venezuela

A comienzos del Holoceno, hace 10 a 8 mil años en el este de Suramérica, las poblaciones de antiguos recolectores cazadores habitantes de las regiones litorales y del interior que se extendían desde el norte de Argentina, Uruguay y el sur de Brasil hasta el Delta del Orinoco y la isla de Trinidad, consolidaron géneros de vida generalizados de caza, pesca, recolección y cultivo de plantas

útiles, particularmente raíces, tubérculos y palmáceas (Sanoja, 1982). En las regiones litorales, la subsistencia se fundamentó esencialmente en la recolección de moluscos marinos, la pesca y la caza terrestre centrada principalmente en torno a ecosistemas húmedos como los manglares. En las regiones del interior, la recolección de bivalvos y moluscos de agua dulce se complementaba con la pesca riparia o lacustre, la caza terrestre, la recolección y el cultivo de plantas vegetativas. La similitud de sus contenidos cualitativos, estimuló entre la población de ambas regiones una sinergia que contribuyó grandemente a disminuir el nivel de contradicción y la velocidad del cambio social.

Si analizamos los datos arqueológicos del Alto Madeira, Brasil, (Miller, 1992: 227–228; Meggers y Miller, 2003) observamos ya la presencia de formas incipientes de cultivo ejemplarizados en la Tradición Massangana, 3.850 + 70 y 3.140 + 70 años a.p., evidenciadas por la presencia de pequeños morteros, piedras de moler y manos, así como hachas y azadas líticas. Este contexto es reminiscente del de otros sitios arqueológicos localizados en épocas más tempranas en el noreste de Suramérica, tales como Banwari Trace, Trinidad, 8.000–4.000 años antes del presente (Veloz Maggiolo, Harris, Boomert, 2000) y el sitio Las Varas, Golfo de Paria, Venezuela, 4.600 + 70 años a.p, (Sanoja y Vargas–Arenas 1955) donde un segmento de los antiguos grupos recolectores pescadores litorales ya había desarrollado un modo de trabajo caracterizado por la manufactura de instrumentos líticos pulidos como hachas, azadas, morteros y manos de moler cónicas que sugieren el cultivo o procesamiento de recursos vegetales combinado con la recolección marina, la pesca, la caza terrestre.

Ello parece indicar que entre 8.000 y 5.000 años antes de ahora se habría comenzado a desarrollar el sistema agrario de la vegecultura (Sanoja, 1997), como una tendencia hacia el sedentarismo basado en la explotación de los recursos alimenticios existentes, entre otros, en los ecosistemas húmedos que se desarro-

llaron en las zonas litorales, desembocaduras de los ríos, lagunas litorales y antiguos estuarios desde comienzos del Holoceno (Sanoja y Vargas 1995) y en las cuencas fluviales del interior.

Lo anterior parece haber propiciado también la domesticación incidental (Rindos, 138–139), de plantas como la yuca (*Manihot sp*), el ocumo, el ñame, posiblemente la *Canna edulis* (Sanoja y Vargas–Arenas, 1995:295–296), y palmas como el moriche (*Mauritia flexuosa*) la médula de cuyo tronco permite obtener una harina muy nutritiva. De la misma forma podemos observar que para 4.600 a.p en el sitio Las Varas, Venezuela (Ibid, 1955: 297–327) los antiguos recolectores, pescadores y cazadores del litoral ya vivían en aldeas estables ubicadas a orillas de las lagunas litorales recubiertas por extensos bosques de manglar.

De manera coincidente con el origen del cultivo de plantas y los inicios de la vida sedentaria en el noreste de Suramérica, fue alrededor del año 4.000 antes del presente, según los datos proporcionados por la lingüística (Swadesh, 1959; Urban, 1992; Noble, 1995; Greenberg, 1987; Migliazza *et al*, 1988), cuando se produjo un importante evento histórico: la consolidación de las principales familias lingüísticas suramericanas, hecho que podría estar relacionado con la consolidación de la producción de alimentos y el proceso de sedentarización que se estaba operando en la sociedad de recolectores cazadores. Para entonces, los grupos originarios vinculados a las familias proto–Arawak, proto–Ge, Pano, proto–Caribe, proto–Tupí y proto–Tucano, ocupaban –predominantemente– la región centro–atlántica de Suramérica. Por otra parte, para aquel mismo momento la región centro–pacífica de Suramérica ya estaba ocupada predominantemente, de norte a sur, por grupos originarios de las familias chibcha, quechua y aymara.

En el noreste de Suramérica se desarrollaron diversos géneros de vida centrados en el cultivo de plantas vegetativas tropicales. La evidencia arqueológica indica –como ya se explicó– que éstas ya existían en la región de Paria, Venezuela, hacia 4.200 años antes

de ahora, y en el noroeste de Guyana, hacia 4.000 años antes de ahora. En Brasil, el descubrimiento de la alfarería y el cultivo de plantas vegetativas tropicales se efectuó también en fechas similares, evidenciando que se trató posiblemente de invenciones o descubrimientos que se efectuaron simultáneamente en el seno de antiguas poblaciones recolectoras cazadoras que estaban tratando de dar respuesta a condiciones sociohistóricas concretas como el crecimiento vegetativo de la población. No se trataba sólo del efecto de la variable demográfica, sino del conjunto de situaciones relacionales que ello acarrea como es la necesidad de tener acceso en tiempo y cantidades predecibles a los suelos que permiten la producción controlada de alimentos vegetales y a los nichos y ecosistemas que albergan los recursos de fauna y flora que complementan al cultivo de plantas. Consecuencia de dichas situaciones sociohistóricas concretas fue el sedentarismo y la transformación de las relaciones sociales de producción, la territorialidad y el desarrollo de formas singulares de identidad cultural o étnica que se manifestaban particularmente en el vehículo de comunicación, las lenguas y dialectos. Ello alude a nuestra definición de un sistema agrario como un conjunto finito de relaciones entre elementos que son constantes, tales como los suelos, el clima y las plantas cultivadas, y elementos que son variables, tales como los medios de producción y la organización social de la fuerza de trabajo para actuar dentro del sistema (Sanoja, 1997: 20–21).

En la República Dominicana, hacia 2.000 años atrás grupos de inmigrantes provenientes de las regiones de Paria y el Bajo Orinoco, Venezuela, introdujeron el método para cultivar y procesar la yuca amarga aplicándolo también a especies locales de raíces como la guáyiga (*Zamia integrifolia*). De igual manera trajeron consigo la tecnología de manufactura de la alfarería y las pautas de vida sedentaria dando nacimiento, posteriormente, a sociedades complejas como la Taína (Veloz Maggiolo, 1991: 206–208).

El carácter disperso de las poblaciones, concentradas principalmente a lo largo de los grandes ríos, en las cuencas lacustres y las regiones litorales, la falta de rebaños de ganado domesticable como los que existían en los Andes Centrales y el carácter estacional de los modos de trabajar dependientes de los ciclos anuales de los ríos, propició el desarrollo de un sistema sociocultural que funcionaba también cíclicamente, bloqueando el proceso de acumulación progresiva de conocimientos tecnológicos y experiencias sociales como el ocurrido en la región andina del occidente de Suramérica.

Desde inicios de la era cristiana, las poblaciones hablantes de lenguas tupi–guaraníes, arawakas y caribes ya estaban colonizando el extenso territorio que va desde las bocas del Río de La Plata, Argentina hasta la cuenca del Amazonas y de allí hasta la cuenca del Orinoco, la costa caribe y las Pequeñas y Grandes Antillas. En ciertas regiones privilegiadas donde existían ríos o lagunas, suelos agrícolas propicios al cultivo combinado de plantas vegetativas y del maíz, la caza, la pesca y la recolección tales como varzeas, bosques rebalseros, bosques de manglar, selvas de galerías, bosques de palma moriche, etc., se crearon formaciones aldeanas igualitarias de complejidad sociopolítica variable tales como las que existieron en la cuenca del Medio y Bajo Amazonas, Brasil, en la cuenca del Paraná–Paraguay y las sabanas del Gran Chaco en la cuenca del Medio y Bajo Orinoco, y otras poblaciones social y estructuralmente complejas en los llanos altos de Barinas y Apure, los valles de Carora y Quíbor y la cuenca del lago de Valencia, Venezuela, en el Bajo Magdalena, Colombia y en las Grandes Antillas, conocidas estas últimas como Taínas, en Quisqueya (Haití–Santo Domingo), Borinquen (Puerto Rico) y Cuba.

El Litoral Pacífico

Cuando analizamos la dinámica histórica de los pueblos de la vertiente occidental de Suramérica, encontramos que en el litoral pacífico de Ecuador, Perú y el norte de Chile, desde el año 8.000

antes de ahora, grupos humanos recolectores marinos, pescadores y cazadores comenzaron a desarrollar procesos de recolección y proto–cultivo de plantas útiles que culminaron hacia 5.000–4.000 años a.p. en sociedades aldeanas agroalfareras plenamente sedentarias. De esta manera, los antiguos modos de vida cazadores recolectores comenzaron a dar paso a nuevos modos de vida donde la recolección marina, la pesca, la caza terrestre, la recolección y cultivo de plantas comestibles se transformaron en el fundamento de las nuevas formas de vida sedentaria.

Estas transformaciones en los modos de vida de las poblaciones originarias, podrían relacionarse con el influjo de nuevas poblaciones humanas braquicefálicas neomongoloides Diego positivas(Di+), muy parecidas a las poblaciones modernas del norte de Asia, que entraron en América por Alaska alrededor de 9.000 años antes del presente y se expandieron a través de Norteamérica. Alrededor de 7.000 años antes del presente, según Layrisse y Wilbert (*Ibid.* 1999: 188), algunos de dichos grupos llegaron al istmo de Panamá y penetraron en Suramérica colonizando el litoral pacífico y la región andina desde Colombia hasta el norte de Chile y Argentina, cuyos descendientes son conocidos como Quechuas y Aymaras. En la sabana de Bogotá, el registro arqueológico indica que la población originaria agricultora de filiación chibcha, estaba constituida en un 80% por individuos braquicéfalos, y en un 20% por dolicocéfalos de las poblaciones arcaicas suramericanas (Silva Célis, 1945; Correal Urrego y van der Hammen, 1977: 129). Ello indicaría que desde el año 7.000 antes del presente se estaban produciendo grandes cambios cualitativos en estas regiones del continente, expresados en procesos de mestizaje, sedentarización, domesticación de plantas, producción de alfarería y cestería e inicio, en general, de formas de vida aldeana.

Sobre la fachada pacífica suramericana, el océano aseguraba a las poblaciones originarias una fuente de alimentos marinos, abundante y variada durante todo el año. El litoral oceánico, carac-

terizado por una extrema aridez, estaba interrumpido de trecho en trecho por ríos que bajan de las serranías andinas, formando en su desembocadura extensos suelos aluviales que servían de nicho a una gran diversidad de flora y fauna terrestre. Como consecuencia de un largo período de maduración social y cultural, las antiguas bandas de pescadores, cazadores y recolectores de plantas se transformaron hacia 5.800 en comunidades agrícolas sedentarias que practicaban la pesca y la recolección marina. En un cierto momento comenzaron a derivar hacia sociedades complejas, donde comenzaron a construir, en el medio de las aldeas, estructuras de adobe piedra que servían como templos y asiento de grupos de individuos que controlaban la producción y la distribución de los bienes producidos. Procesos similares comenzaron a producirse en los valles andinos, fundamentados en la domesticación de animales gregarios y el cultivo del maíz y la papa, originando así procesos de integración altitudinal entre los diversos géneros de vida litorales y del interior (Moseley, 1975; Lumbrales, 2005: 234–245; Lavallée, 1995: 138–152).

En los valles andinos del sur de Colombia, las evidencias arqueológicas parecen indicar que ciertos grupos de antiguos recolectores cazadores ya practicaban la recolección, el cultivo y la domesticación de plantas como el maíz y la calabaza y frutos como el aguacate (*Persea americana*), desde hace 4.000 años a.p. (Rodríguez, 2002: 32–57). De manera concurrente, sobre el litoral pacífico suramericano, los Andes Centrales y el norte de Argentina, la simbiosis entre los recolectores cazadores altoandinos y los del litoral abrió paso a un proceso de neolitización marcado por el descubrimiento del cultivo de plantas como los frijoles, el maíz, la papa, la arracacha y otras raíces y tubérculos, la calabaza, el ají, y otros productos vegetales, conjuntamente con la domesticación de camélidos como las llamas y las alpacas.

La sinergia entre las poblaciones originarias que habitaron el litoral pacífico del norte de Chile, Perú y Ecuador y el litoral

atlántico colombiano con las de las serranías andinas, fue una de las condiciones para desarrollar modos de vida que permitieron lograr un progresivo dominio de los diversos ambientes y recursos naturales existentes, tanto en el litoral como en los valles serranos y altoandinos. Ello se logró mediante formas socioeconómicas y culturales de integración altitudinal que sirvieron de fundamento, posteriormente, al nacimiento de las sociedades sedentarias complejas, los Estados “prístinos” y la sociedad clasista inicial de la región andina.

Lo que se denomina como el área andina central, la costa desértica o semidesértica, la cordillera y el piedemonte oriental o amazónico presentaba biotopos favorables para el desarrollo de sociedades complejas: a) la biomasa marina más rica del hemisferio occidental, b) un desierto costero habitable solamente en la desembocadura de los cursos de agua que descienden de las serranías andinas formando oasis aislados, c) la concentración de especies animales como las llamas y alpacas susceptibles de ser domesticadas y d) la existencia de plantas domesticables, comestibles y útiles en general, tanto en el litoral pacífico, las serranías andinas y el piedemonte amazónico.

Las sociedades de la región andina central diseñaron, en consecuencia, una nueva concepción de la apropiación y desarrollo de los recursos naturales, que integraba los diferentes ecosistemas productivos dentro de una red de intercambios económicos, tecnológicos y culturales dominada por un modo avanzado de producción agropecuaria. Gracias a este proceso de neolitización que impactó todas las sociedades regionales, en el lapso comprendido entre los años 6.000 y 4.500 antes de ahora, florecieron también aldeas agroalfareras, en la costa del Perú, la costa de Guayas, Ecuador y la costa caribe colombiana, así como en los valles intermontanos de los actuales Perú, Bolivia Argentina y Ecuador, iniciando así un desarrollo poblacional y tecnológico que hizo posible la expansión económica tanto del área central andina como de su periferia a partir de un régimen clasista políticamente cen-

tralizado, el Imperio Inka, categoría que describen los clásicos como Palerm (1976) y Wittfogel (1981) como Modo de Producción Asiático o Despótico.

Origen de la Fachada Andina venezolana

En la periferia septentrional de aquel imperio, Colombia y el occidente de Venezuela, se desarrollaron también sociedades altamente complejas de tipo estatal. En el caso de Venezuela, muy posiblemente desde 3.500 años antes de ahora ya existían en el valle de Carora, Lara, aldeas sedentarias donde ocurrió domesticación secundaria de plantas como el maíz y la auyama, la manufactura de una alfarería reminiscente de la de Valdivia, costa de Guayas, Ecuador, de hace 6.000 años, culminando en el siglo XVI de la era con el desarrollo de sociedades tipo Estado como la caketía y la timoto-cuica donde se formaron centros proto–urbanos basados en la agricultura de regadío y el cultivo en terrazas, la producción artesanal de tejidos, alfarería y bienes suntuarios.

El modelo de desarrollo que sirvió de base a la sociedad clasista inicial de los Andes Centrales, tuvo también efectos muy atenuados en las sociedades tribales del oriente de Suramérica, a pesar de que hubo relaciones constantes entre las poblaciones de la región pacífica y la región atlántica. Uno de estos contactos, que está plenamente documentado, es la presencia hacia el año 3.000 antes del presente, de sitios arqueológicos como Barrancas en el Bajo Orinoco cuya alfarería está relacionada con culturas del Formativo Temprano y Medio de la vertiente amazónica de los Andes Centrales tales como Kotosh y Chavín (Sanoja, 1979). La excelencia de la manufactura alfarera característica del formativo andino, dio origen entre 3.000 y 2.200 años antes de ahora a una compleja tradición ceramista como Barrancas, pero no reprodujo ni las pautas de organización social ni de vida urbana del formativo andino. Ello nos indica que el nacimiento de las sociedades urbanas no se origina en acciones voluntaristas de colectivos humanos, sino que

responde a condiciones sociohistóricas concretas cuya concreción necesitaba la constitución de núcleos de población agregados y estables, las cuales no se dieron en el Bajo Orinoco hasta comienzos del siglo XVII de la era cristiana.

Conclusiones

Cuando consideramos el resultado final de aquellos procesos milenarios, podemos observar que los mismos culminaron en el siglo XV de la era con la formación en Suramérica de sociedades regionales cuyo grado de desarrollo de las fuerzas productivas iban desde imperios, Estados y señoríos hasta bandas de recolectores cazadores. Todas esas sociedades coexistieron en el tiempo y en el espacio, sin ignorarse. Consideradas aisladamente, cada una constituyía una singularidad. Consideradas en su conjunto formaban una totalidad cuyo perfil cultural las diferenciaba del resto de otras similarmente constituidas en el continente americano.

En el caso particular de las fachadas históricas de Venezuela, vemos claramente que *ellas* son el producto de procesos de colonización humana del territorio del norte de Suramérica iniciados hace por los menos 30.000 años pequeñas bandas de recolectores cazadores generalizados quienes, para 13.000–10.000 años antes de ahora ya habían comenzado a desarrollar procesos de territorialidad. Los procesos civilizatorios que se gestaron tanto sobre el litoral atlántico como el pacífico de Suramérica, tienen su punto de encuentro en el territorio de la actual Venezuela donde el subcontinente se vincula con el Caribe Oriental y la América Central. Ello explica tanto el origen de la diversidad cultural y étnica de la nación venezolana como de su actual importancia geoestratégica en el presente proceso de integración regional suramericano.

Referencias bibliográficas

- Ardila, Gerardo, I. 1984. *Chia. Un sitio precerámico en la Sabana de Bogotá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.
- Ardila, Gerardo y Gustavo Politis. 1989. “Nuevos datos para un viejo problema. Investigación y Discusiones en torno al poblamiento de América del Sur”. *Boletín del Museo del Oro*. N° 23: 3–45. Banco de la República. Bogotá.
- Bate, L. Felipe. 1983. *Comunidades Primitivas de Cazadores Recolectores de América*. 2 vols. Historia General de América. Academia Nacional de la Historia. De Venezuela. Caracas.
- Bell, Robert. E. 1965. *Investigaciones Arqueológicas en el sitio de El Inga, Ecuador*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.
- Boomert, Arie. 2000. *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere*. Caiari Publications. Alkmaar.
- Bradley, Bruce and Dennis Stanford. 2004. The North Atlantic ice-edge corridor: a possible Paleolithic route to the New World. En: *World Archeology*. Vol. 36(4): 459–478.
- Bryan, Alan Lyle. Editor. 1978. *Early Man in América from a Circum-Pacific Perspective*. Occasional Papers. N°1. Department of Anthropology. University of Alberta..
- Cavali-Sforza, Luigi. L. 2000. *Gentes, pueblos y lenguas*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Clark, Grahame. 1980. *Mesolithic Prelude*. Edinburg University Press.
- Gnecco, Cristóbal. 2003. Against Ecological reductionism: Late Pleistocene hunter–gatherers in the tropical forests of Northern South America. *Quaternary International*. www.sciencedirect.com/science?ob. Elsevier.
- Correal Urrego Gonzalo. 1993. “Nuevas evidencias culturales pleistocénicas y de megafauna en Colombia”. *Boletín de Arqueología*. Año 8, 1: 3–12.
- Correal Urrego, Gonzalo y Th. Van der Hammen. 1977. *Investigaciones Arqueológicas en los Abrigos Rocosos del Tequendama*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

- Dillehay, Tom, Gerardo Ardila Calderón, Gustavo Politis and María de Conceição de Moraes Coutinho Beltran. 1992 “Earliest Hunters and Gatherers of South America”. *Journal of World Prehistory*. Vol.6. N° 2.
- González Alberto Rex. 1960. La Estratigrafía de la Gruta de Intihuasi (Prov. De San Luis, RA) y sus relaciones con otros sitios Precerámicos de Sudamerica. *Revista del Instituto de Antropología* Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Argentina. Tomo 1.
- Greenberg, J.H. 1987. *Language in the Americas*. Stanford University Press.
- Krieger, Alex. 1964. Early Man in the New World. En: *Prehistoric Man in the New World*. 23–89. Eds. Jesse D. Jennings y Edgard Norbeck. William Marsh Rice University. Chicago University Press.
- Lavalée, Danièle. 1995. *Promesse d’Amérique. La Préhistoire de l’Amérique du Sud*. Hachette. Paris.
- Layrisse, Miguel y Johannes Wilbert. 1999. *The Diego Blood Group System and the Mongoloid Realm*. Fundación La Salle. Instituto Caribe de Antropología y Sociología. Caracas.
- Lumbreras, Luis. 1983. *Las Sociedades Nucleares de Suramérica*. Vol. 4 de la Historia General de América. Período Indígena. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- Lumbreras, Luis. 2005. *Arqueología y Sociedad*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- Meggers, Betty y Eurico Th. Miller. 2003. *Under the Canopy. The Archeology of Tropical Rain Forests*. Editor Julio Mercader. Rutgers University Press. New Brunswick, New Jersey and London.
- Meyer–Oakes, William J. 1974. “Early Man in the Andes.” En; *New World Archeology*. Scientific American. 51–61. Freeman.
- Migliazza, Ernest y Lyle Campbell. 1988. *Panorama General de las Lenguas Indígenas en América*. Vol. 10 de la Historia General de América. Período Indígena. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.

- Miller, E.urico 1992. Adaptaçao agrícola prehistórica no alto río Madeira. En; *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*: 219–232. Ed. Betty Meggers. Taraxacum, Washington.
- Molina, Luis. 1991. *Las Sociedades y Culturas Prehispánicas del Estado Lara, Venezuela. 10.000 a.C–1500 d.C.* Armitano Arte. N° 16. Mayo. Caracas.
- Moseley, Michael E. 1975. *The Maritime Foundation of Andean Civilization.* Cummings Archaeological Series. Menlo Park. California.
- Muller Beck, Hansjürgen. 1967. On migration of hunters across the Bering land bridge in the Upper Pleistocene. En: *The Bering Land Bridge*. Ed. David M. Hopkins: 373–408. Stanford University Press.
- Newman, M.T. 1953. “The Application of Ecological Rules to the Racial Anthropology of the Aboriginal New World”. *American Anthropologist.* 55: 311–327.
- Noble, G.K. 1965. *Proto–Arawakan and its descendants.* The Hague. Mouton.
- Núñez, Lautaro. 1992. Ocupación Arcaica en la Puna de Atacama Secuencia, movilidad y cambio. *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*: 283–308. TARAXACUM. Washington
- Oliver, José y Charles Alexander. 1990. The Pleistocene People of Western Venezuela: The terrace Sequence of Río Pedregal and New Discoveries in Paraguaná. *Proceedings of the First World Summit Conference on the Peopling of the Americas.* University of Maine.
- Palerm, Ángel. 1976. *Modos de Producción.* Ediciones Gernika. México.
- Patterson, Thomas C. 1981. *Archeology. The Evolution of Ancient Societies.* Prentice Hall, Inc.
- Rindos, David. 1984. *The Origins of Agriculture.* An Evolutionary Perspective. Academic Press. New York.
- Rodríguez, Carlos Armando. 2002. *El Valle del Cauca Prehispánico.* Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad del Valle, Colombia y Fundación Taraxacum. Washington D.C.

- Salazar, Ernesto. 1980. *Talleres Prehistóricos en los Altos Andes del Ecuador*. Universidad de Cuenca. Ecuador.
- Sanoja, Mario. 1979. *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Colección Estudios, monografías y Ensayos. N° 6. Caracas.
- Sanoja, Mario. 1982. *De la Recolección a la Agricultura*. Vol. 3 de la Historia General de América. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- Sanoja, Mario. 1997. *Los Hombres de la Yuca y el Maíz*. Monte Ávila Editores. Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas–Arenas. 1992. *La Huella Asiática en el Poblamiento de Venezuela*. Cuadernos Lagoven. Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas–Arenas. 1995. *Gente de la Canoa. Economía Política de los Antigua Sociedad Apropriadora del Noreste de Venezuela*. Fondo Editorial –Tropykos. Comisión de Estudios de Posgrado. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Universidad Central de Venezuela.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas–Arenas. 1999a. *Orígenes de Venezuela. Regiones Geohistóricas Aborígenes hasta 1500 d.C.* Comisión Presidencial del V Centenario. De Venezuela. Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas–Arenas. 1999b. Archeology as Social Science: its expresión in Latin American. En: *Archeology in Latin América*, Eds. Gustavo Politis y Benjamín Alberti. Routledge. London.
- Schobinger, Juan. 1988. “200.000 años del hombre en América: ¿qué pensar?” *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie 1. Prehistoria.1: 375–399. Madrid.
- Silva Célis, Eliécer. 1945. “Sobre Antropología Chibcha”. *Boletín de Arqueología*. 1(6). Imprenta Nacional. Bogotá.
- Steward, T.D y M.T. Newman. 1950. Anthropometry of South American Indians Skeletal Remains. En: *Handbook of South American Indians*. Vol. 6. Physical Anthropology, Linguistics and Cultural Geography of South American Indians. Editor. J. H Steward, 19–42. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 143. Washington D.C. United States Government Printing Office.

- Swadesh, M. 1959. “Mapas de clasificación Lingüística de México y las Américas.” *Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Antropológica.* 8: 5–37. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Szabadich Roka, Miklos. 1997. *Arqueología de la Prehistoria de Venezuela.* Ediciones de la Gobernación del Estado Aragua. Maracay.
- Szabadich, Jenny. 2004. Estudio Tipológico y Morfológico de los Artefactos Líticos de la Colección del sitio El Cayude, Cerro Santa Ana, Paraguaná, Edo. Falcón. Tesis de Grado en Antropología. Universidad Central de Venezuela. Caracas–
- Urban, G. 1992. A historia da cultura brasileira segundo as lenguas nativas. En: *Historia dos indios no Brasil.* Ed. M. Carneiro da Cunha. São Paulo. Editora Scharcz.
- Van der Hammen, Thomas y Gonzalo Correal Urrego. 2001. “Mastodonte en un humedal pleistocénico en el valle del Magdalena (Colombia) con evidencias de la presencia del hombre en el Pleniglacial.” *Boletín de Arqueología.* V.16. N.1: 4–36. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá. D.C.
- Veloz Maggiolo, Marcio. 1991. *Panorama Histórico del Caribe Precolombino.* Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Banco Central de la República Dominicana.
- Wittfogel, Karl. 1981. *Oriental Despotism. A comparative study of total power.* Vintage Books. New York.